

MARTÍN DE RIQUER  
DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

PARA LEER A CERVANTES

BARCELONA 2010



A C A N T I L A D O

Publicado por  
A C A N T I L A D O  
Quaderns Crema, S.A.U.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona  
Tel. 934 144 906 - Fax 934 147 107  
correo@acantilado.es  
www.acantilado.es

© 2003 by Martín de Riquer  
© de esta edición, 2010 by Quaderns Crema, S.A.U.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:  
Quaderns Crema, S.A.U.

En la cubierta, fragmento de un grabado  
de Gustave Doré.

ISBN: 978-84-92649-54-9  
DEPÓSITO LEGAL: B. 26 054-2010

AIGUADEVIDRE *Gràfica*  
QUADERNS CREMA *Composició*  
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN EN ESTA COLECCIÓN *junio de 2010*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,  
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización  
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total  
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o  
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión  
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta  
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

## LOS LIBROS DE CABALLERÍAS

### I. ORÍGENES DE LOS LIBROS DE CABALLERÍAS

Los libros de caballerías, tan leídos y admirados por los españoles del siglo xvi y que ocasionaron la locura de don Quijote y de algunos quijotes de veras, de quienes ya tendremos ocasión de tratar, y que provocaron la concepción de la gran novela de Cervantes, son unas narraciones en prosa, por lo común de gran extensión, que relatan las heroicas aventuras de un hombre extraordinario, el caballero andante, quien vaga por el mundo solo, luchando contra toda suerte de personas o monstruos, contra seres normales o mágicos, por unas tierras las más de las veces exóticas y fabulosas; o que al mando de poderosos ejércitos o escuadras derrota y vence ejércitos de paganos o de naciones extrañas. Es el caballero andante de los libros un ser de una fuerza considerable, muchas veces portentosa e inverosímil, habilísimo en el manejo de las armas, incansable en la lucha y siempre dispuesto a acometer las empresas más peligrosas. Por lo común lucha contra el mal—opresores de humildes, traidores, ladrones, déspotas, infieles, paganos—, pero su afán por la acción, por la «aventura», es también una especie de necesidad vital y un anhelo por imponer su personalidad en el mundo. Además de su valentía, una de las virtudes del caballero es el sentido de la justicia, muchas veces exagerado y desquiciado. Y este constante luchar del caballero constituye una serie ininterrum-

pída de sacrificios y de esfuerzos que son ofrecidos a una dama, con la finalidad de conseguir o conservar y acrecentar su amor.

Este tipo de novela, en la que la acción tiene más importancia que la psicología y en la que los personajes son una especie de paradigmas de virtudes heroicas y sentimentales, tiene sus orígenes en la literatura francesa del siglo XII. Prescindiendo aquí de la posibilidad de unas vagas e imprecisas fuentes célticas, lo cierto es que la novela caballeresca aparece por vez primera en la obra del escritor champañés Chrétien de Troyes (hacia 1159-1190) y en los autores que contemporáneamente escribieron sobre Tristán de Leonís.

Las novelas, o *romans*, de Chrétien de Troyes son largas narraciones en verso en las que se relatan las aventuras caballerescas y los trances sentimentales de unos héroes que se finge que existieron en el lejano tiempo del rey Artús, personaje completamente fabuloso que, gracias a las leyendas y a mentiras de algunos historiadores, se creía que había reinado en Bretaña (o sea la Gran Bretaña insular) en el siglo VI de nuestra era y que se retrata como una especie de mezcla entre Alejandro de Macedonia y Carlomagno. Alrededor del rey Artús vive una suntuosa y lucida corte, en la que se destacan los llamados caballeros de la Tabla Redonda, todos ellos ejemplo de valentía y de lealtad. Entre las obras de Chrétien debemos recordar la novela titulada *Li chevaliers de la charrette*, basada en los amores entre Lancelot del Lac (Lanzarote en la literatura española) y la reina Ginebra, la esposa del rey Artús, y *Li contes del Graal*, verdadera obra maestra de la literatura francesa, que tiene por héroe al joven caballero Perceval (Parsifal en las versiones alemanas) y crea el maravilloso tema cristiano del Grial.

Los imitadores y continuadores de Chrétien de Troyes, que ya aparecieron en los últimos años del siglo XII, consolidaron este tipo de novela caballeresca que se llamó «materia de Bretaña». Mientras aparecían toda suerte de relatos sobre diversos caballeros de la Tabla Redonda y sobre la corte del rey Artús, el tema del Grial era objeto de multitud de refundiciones e imitaciones, que pronto abandonaron el verso para redactarse en prosa. Aparece así, en el primer cuarto del siglo XIII, una larguísima narración, con centenares de personajes y de episodios, que recibe el nombre general de *Lancelot* o de *Vulgata*, formada por un conjunto de cinco grandes libros. En ellos se relatan las aventuras de Lanzarote y de su hijo Galaaz, prototipo de caballero perfecto, tanto desde el punto de vista militar como cristiano, que será predestinado a llevar a término la difícil aventura del Grial. Este conjunto de novelas, en el que tal vez intervinieron varios autores, algunos de ellos fuertemente influidos por las ideas místicas del Cister, es una especie de enciclopedia o summa de la novela caballeresca. Su éxito fue extraordinario, y se divulgó por toda la Europa cristiana.

## 2. LA LITERATURA CABALLERESCA EN ESPAÑA

La materia de Bretaña fue acogida y adaptada en las literaturas de España, y a partir del siglo XIII empiezan a aparecer traducciones del gran corpus de *Lancelot* en prosa en las tres lenguas peninsulares. *La Demanda del Santo Grial*, el *Tristán*, el *Merlín*, etcétera, se convirtieron en libros familiares a los españoles. Y no tardaron en aparecer novelas caballerescas originales, fruto de la

imaginación de escritores españoles. Recordemos, entre ellas, *El libro del caballero de Dios*, llamado también *El caballero Cifar*, escrito con toda probabilidad por el arcediano de Madrid Ferrand Martínez en los primeros años del siglo xiv. *El caballero Cifar* es una novela en la que están hábilmente combinados elementos muy dispares, concurrída por amplias digresiones didácticas, y en la que las aventuras del héroe y de sus hijos, basadas en temas de origen hagiográfico, tienen a veces un profundo y significativo sentido cristiano. Hay en ella episodios mágicos, llenos de encanto y maravilla, como el de las Ínsulas Dotadas, que revelan un gran sentido del arte. Siempre se ha visto en el escudero o criado del caballero Cifar, llamado «el ribaldo», de baja extracción, fiel a su señor y muy dado a los refranes, un precedente de Sancho Panza, aunque no hay modo de probar que Cervantes conociera esta novela, que nunca cita.

El más original y más importante y famoso de los libros de caballerías españoles es el *Amadís de Gaula*. Ya en el siglo xiv lo citan el canciller Pero López de Ayala y el poeta Pero Ferruz; en 1372, el duque de Gerona (el futuro Juan I de Aragón) tenía un perro alano blanco llamado Amadís, y en el Passo Honroso (1434) intervino un caballero portugués llamado Galeor Mosquera, lo que supone que a finales del siglo xiv o principios del xv (cuando fue bautizado) el hermano de Amadís contaba con grandes entusiastas. Del *Amadís* primitivo se conservan unos fragmentos en castellano de principios del siglo xv. A finales de esta misma centuria el *Amadís de Gaula* fue refundido, con más tendencia a abreviarlo que a ampliarlo, por el regidor de Medina del Campo Garcí Rodríguez (no Ordóñez) de Montalvo, y así se imprimió en Zaragoza en 1508, primera de las ediciones conocidas de

esta novela que, a lo largo del siglo xvi fue estampada unas veinte veces, clara demostración de su gran éxito.

El *Amadís de Gaula*, en líneas generales inspirado en el *Lancelot* y el *Tristán*, revela un escritor de fina sensibilidad, de gran traza y de elegantísimo estilo, hasta tal punto que su prosa se convirtió en modelo del bien decir e influyó decisivamente en los escritores españoles posteriores, entre ellos el propio Cervantes; y la actitud de sus personajes vino a constituir un modelo de cortesía para toda Europa, principalmente en Francia, donde se publicó traducido veinte veces.

El *Amadís*, literariamente, se coloca en la línea del *Lancelot* en prosa francés, y por su carácter fantasioso, desasido de la realidad circundante, y por situar su trama en tiempo lejano y en tierras más o menos exóticas, es el representante más típico de los llamados libros de caballerías. Pero en el siglo xv aparecen también narraciones de aventuras de caballeros que retratan con gran fidelidad la sociedad y las costumbres de aquella centuria, desprovistas de inverosimilitud y situadas en tiempo próximo y tierras conocidas. La más destacada de estas narraciones, que llamamos «novelas caballerescas» para diferenciarlas de los «libros de caballerías», es el *Tirant lo Blanch*, escrito en catalán hacia el año 1460 por el valenciano Joanot Martorell, el cual era un auténtico profesional de la caballería. En 1511 se publicó en Valladolid traducido al castellano, con el título de *Tirante el Blanco*. Esta novela, sin perder las características esenciales de heroísmo y amor, se diferencia de los libros de caballerías por su verosimilitud, que aparta todo elemento maravilloso, y por su fino sentido de la ironía, aspectos que la convierten en una especie de antecedente del *Quijote*. No obstante, en el *Tirante el Blanco* la caba-

llería es algo serio, vital y válido, como lo era para su autor Joanot Martorell. Una actitud crítica respecto a la caballería se advierte en *Las sergas de Esplandián*, continuación del *Amadís* escrita por el ya citado Garci Rodríguez de Montalvo.

El éxito «editorial» del *Amadís de Gaula* movió a escritores y a impresores a ofrecer a un público ávido de lecturas de este tipo toda suerte de continuaciones e imitaciones de aquella novela. El hijo de Amadís es el héroe del libro ya citado, *Las sergas de Esplandián*, y la trama de éste la continúan los titulados *Lisuarte de Grecia*, *Perión de Gaula*, *Amadís de Grecia*, *Florisel de Niquea*, etc., en los que el estilo degenera cada vez más y se hace pomposo, campanudo, amanerado e intrincado, al paso que las aventuras son cada vez más inverosímiles y arbitrarias. Y al lado de este «ciclo de Amadís» va proliferando el de los Palmerines, iniciado en 1511 por el *Palmerín de Oliva*, al que siguen el *Primaleón*, libro de verdadero mérito y de gran delicadeza en algunos episodios, y el famoso *Palmerín de Inglaterra*, publicado por vez primera en 1547. Muchos libros de caballerías más, independientes de los ciclos de Amadís y Palmerín, se escriben y publican en España durante el siglo XVI, entre los que abundan los disparatados y absurdos, que acarrearón el desprestigio de todo el género.

Cervantes pone en boca de don Quijote (I, 21) una especie de resumen de la trama general y elementos más frecuentes en los libros de caballerías españoles del siglo XVI. Aunque se trata de una visión irónica, ilustra bastante bien sobre el contenido de estos libros. Don Quijote está hablando con su escudero Sancho y le dice que hasta que uno ha merecido ser digno de que sus hechos se escriban en un libro de caballerías



es menester andar por el mundo, como en aprobación, buscando las aventuras, para que, acabando algunas, se cobre nombre y fama tal, que cuando se fuere a la corte de algún gran monarca ya sea el caballero conocido por sus obras; y que, apenas le hayan visto entrar los muchachos por la puerta de la ciudad, cuando todos le sigan y rodeen, dando voces, diciendo: «Éste es el caballero del Sol», o de la Sierpe, o de otra insignia alguna, debajo de la cual hubiere acabado grandes hazañas. «Éste es—dirán—el que venció en singular batalla al gigantazo Brocabruno de la Gran Fuerza; el que desencantó al Gran Mameluco de Persia del largo encantamento en que había estado casi novecientos años.» Así que, de mano en mano, irán pregonando sus hechos y luego, al alboroto de los muchachos y de la demás gente, se parará a las fenestras de su real palacio el rey de aquel reino, y así como vea al caballero, conociéndole por las armas, o por la empresa del escudo, forzosamente ha de decir: «¡Ea, sus! ¡Salgan mis caballeros, cuantos en mi corte están, a recibir a la flor de la caballería, que allí viene!» A cuyo mandamiento saldrán todos, y él llegará hasta la mitad de la escalera, y le abrazará estrechísimamente, y le dará paz, besándole en el rostro, y luego le llevará por la mano al aposento de la señora reina, adonde el caballero la hallará con la infanta, su hija, que ha de ser una de las más fermosas y acabadas doncellas que en gran parte de lo descubierto de la tierra a duras penas se pueda hallar. Sucederá tras esto, luego en continente, que ella ponga los ojos en el caballero, y él en los della, y cada uno parezca a otro cosa más divina que humana, y, sin saber cómo ni cómo no, han de quedar presos y enlazados en la intricable red amorosa, y con gran cuita en sus corazones, por no saber cómo se han de hablar para descubrir sus ansias y sentimientos. Desde allí le llevarán, sin duda, a algún cuarto del palacio, ricamente aderezado, donde, habiéndole quitado las armas, le traerán un rico manto de escarlata, con que se cubra; y si bien pareció armado, tan bien y

mejor ha de parecer en farseto. Venida la noche, cenará con el rey, reina e infanta, donde nunca quitará los ojos de ella, mirándola a furto de los circunstantes, y ella hará lo mesmo con la mesma sagacidad, porque, como tengo dicho, es muy discreta doncella. Levantarse han las tablas, y entrará a deshora por la puerta de la sala un feo y pequeño enano, con una fermosa dueña que, entre dos gigantes, detrás del enano viene, con cierta aventura, hecha por un antiquísimo sabio, que el que la acabare será tenido por el mejor caballero del mundo. Mandará luego el rey que todos los que están presentes la prueben; y ninguno le dará fin y cima sino el caballero huésped, en mucho pro de su fama, de lo cual quedará contentísima la infanta, y se tendrá por contenta y pagada además, por haber puesto y colocado sus pensamientos en tal alta parte. Y lo bueno es que este rey, o príncipe, o lo que es, tiene una muy reñida guerra con otro tan poderoso como él, y el caballero huésped le pide (al cabo de algunos días que ha estado en su corte) licencia para ir a servirle en aquella guerra dicha. Darásela el rey de muy buen talante, y el caballero le besará cortésmente las manos por la merced que le face. Y aquella noche se despedirá de su señora la infanta por las rejas de un jardín, que cae en el aposento donde ella duerme, por las cuales ya otras muchas veces la había hablado, siendo medianera y sabidora de todo una doncella de quien la infanta mucho se fiaba. Sospirará él, desmayaráse ella, traerá agua la doncella, acuitaráse mucho porque viene la mañana, y no querría que fuesen descubiertos, por la honra de su señora. Finalmente, la infanta volverá en sí y dará sus blancas manos por la reja al caballero, el cual se las besará mil y mil veces, y se las bañará en lágrimas. Quedará concertado entre los dos del modo que se han de hacer saber sus buenos o malos sucesos, y rogarále la princesa que se detenga lo menos que pudiere; prometérselo ha él con muchos juramentos; tórñale a besar las manos, y despídese con tanto sentimiento, que estará poco por aca-

bar la vida. Vase desde allí a su aposento, échase sobre su lecho, no puede dormir del dolor de la partida, madruga muy de mañana, vase a despedir del rey y de la reina y de la infanta; dícenle, habiéndose despedido de los dos, que la señora infanta está mal dispuesta y que no puede recibir visita; piensa el caballero que es de pena de su partida, traspásasele el corazón, y falta poco de no dar indicio manifiesto de su pena. Está la doncella medianera delante, halo de notar todo, vásele a decir a su señora, la cual la recibe con lágrimas, y le dice que una de las mayores penas que tiene es no saber quién sea su caballero, y si es de linaje de reyes o no; asegúrale la doncella que no puede haber tanta cortesía, gentileza y valentía como la de su caballero sino en sujeto real y grave; consuélase con esto la cuitada: procura consolarse, por no dar mal indicio de sí a sus padres, y a cabo de dos días sale en público. Ya se es ido el caballero; pelea en la guerra, vence al enemigo del rey, gana muchas ciudades, triunfa de muchas batallas, vuelve a la corte, ve a su señora por donde suele, conciértase que la pida a su padre por mujer, en pago de sus servicios. No se la quiere dar el rey, porque no sabe quién es; pero, con todo esto, o robada, o de otra cualquier suerte que sea, la infanta viene a ser su esposa, y su padre lo viene a tener a gran ventura, porque se vino a averiguar que el tal caballero es hijo de un valeroso rey de no sé qué reino, porque creo que no debe de estar en el mapa. Muérese el padre, hereda la infanta, queda rey el caballero en dos palabras; aquí entra luego el hacer mercedes a su escudero y a todos aquellos que le ayudaron a subir a tan alto estado: casa a su escudero con una doncella de la infanta, que será, sin duda, la que fue tercera en sus amores, que es hija de un duque muy principal.

El entusiasmo por los libros de caballerías fue general en la España del siglo xvi, y personas de todas condi-